



¿Prehistoria del MAGNIFICAT?

José M. Pílon, S. I.

Una vieja controversia quiere resucitar. El frío hipercriticismo racionalista del siglo pasado hizo disección de la Escritura. Y, al hacerla, también llevó a la mesa de operaciones el canto de Nuestra Señora. Hay quien trata de llevarle de nuevo a ella.

El inglés PAUL WINTER, como anticipo de un estudio en preparación sobre el texto del Nacimiento y de la Infancia de Jesús en San Lucas, publicó el año 1954 un artículo que tituló *El Magnificat y el Benedictus salmos macabeos* (1),

Ya las páginas de PROYECCION se ocuparon en sus primeros pasos del Cántico de la Virgen (2). Volvemos a traerlo hoy de nuevo a nuestras columnas con ánimo sincero y amistoso frente al Profesor Winter. Con respeto y veneración ante la herencia poética que nos legó Ella.

El Magnificat

Todos conocemos bien el Magnificat. Con todo siempre nos será útil y provechoso el tener su texto ante los ojos:

(1) «*Magnificat and Benedictus Maccabean Psalms*» Bulletin of the John Ryland's Library, 37 (1954) 328-347. Traducido al francés, lo reprodujo más tarde la Revue d'Histoire et Philosophie Religieuse de Estraburgo: «*Le Magnificat et le Benedictus, sont-ils des Psaumes machabéens?*» 36 (1956) 1-19.

(2) FORNELL, J. M. «*Magnificat. Ecos nuevos de un viejo poema*» Proy 1 (1955) 10-13.

“Y dijo María :

Mi alma engrandee al Señor
y mi espíritu exulta de alegría
en Dios, mi Salvador ;

Porque se ha fijado en la pequeñez
de su esclava.

Sí.

He aquí que desde ahora me felicitarán
todas las generaciones :

pues ha hecho en mi favor maravillas
el que es Omnipotente
y su nombre, Santo,
y su misericordia por los siglos de los
siglos para los que le veneran.

Despliega el poder de su brazo
y reduce a polvo a los que se engríen
con los proyectos del corazón ;
destroza a los poderosos
y exalta a los humildes ;
a los hambrientos colma de bienes
y despide a los ricos con las manos vacías.

Acaba de tomar ahora en sus brazos

a Israel su siervo

acordándose de su misericordia

—como lo había prometido a nuestros padres—
a favor de Abraham y su descendencia por los siglos”

(Lc 1 46.55)

Este es el Canto de Nuestra Señora.

La Escritura y la Tradición cristiana —fuentes primarias de la Revelación— nos lo han transmitido a lo largo de los tiempos como composición religioso-poética de la Virgen María.

Así siglo tras siglo hasta nuestros días.

Sin embargo, al católico culto le será útil no ignorar que un número no despreciable de escritores, aunque todos ellos fuera del campo católico, pusieron algún tiempo en cuestión la autenticidad del Magnificat, tal como nos lo ha transmitido San Lucas.

Esto no quiere decir que veinte siglos de transmisión indiscutida no tengan un peso enorme para que puedan tambalearse por la palanca que pudiera suponer la aportación contraria de estos escritores. Precisamente intentamos ver si esa palanca tuvo, o tiene aún, un verdadero punto de apoyo.

El Magnificat controvertido

Hemos dejado consignada la alusión a una vieja polémica. Hoy su interés no es otro que el de algo histórico, relegado en el arcón del recuerdo. De él parece que la quiere sacar el artículo que nos ha movido a escribir estas líneas. El publicado por Paul Winter.

Sumariamente airearemos un poco esos viejos recuerdos para atisbar siquiera la panorámica de lo que aquellos abuelos nuestros pensaron sobre el Magnificat.

En 1893, ALFREDO LOISY puso en boca de Santa Isabel el cántico que nos transmitió San Lucas como pronunciado por María (3). Esta postura la mantuvo en otros artículos suyos —algunos con el seudónimo de Fr. Jacobé (4)—

(3) L'Enseig. Biblique, 1893, 35-36.

(4) RevHistLittRel 2 (1897) 424-432; 6 (1901) 286ss.; 8 (1903) 288-89.

para terminar insertándola el año 1907 en su obra voluminosa *Les Evangiles synoptiques*.

En Alemania es Völter (1896) quien sigue a Loisy en su lectura, y quien encuentra algunos partidarios entre sus compatriotas y aun fuera de sus fronteras (5).

Frente a éstos, y entre los mismos acatólicos, porque entre los católicos fué nulo el eco del grito de Loisy, son muchos los que siguieron manteniendo la postura tradicional común en toda la Iglesia: Spitta, Wernle, Weiss, Wordsworth, Emmet, entre otros.

En 1912 la Iglesia intervino en la cuestión y, por medio de la Comisión Bíblica, enseñó la doctrina que ve en el Magnificat una composición de la Virgen María (6).

¿Quién dice S. Lucas que entonó el Magnificat, María o Isabel?

¿Quién fué su autor verdadero? ¿María? ¿Isabel? ¿San Lucas? ¿O más bien algún anonimo primitivo?

¿María o Isabel?

Es el problema central de la hipótesis de Loisy. Según él San Lucas lo puso en boca de Isabel. Para esta afirmación se basó en el testimonio de tres manuscritos latinos del tercer evangelio de los siglos IV, V y VII (7); en una referencia de S. Nicetas, Obispo de Remesiana en Decia (8); en una cita que conservan dos manuscritos de la obra de SAN IRENEO *Adversus Haereses* (9) y en un pasaje de la *Homilia VII super Lucam* de ORIGENES en la versión latina de San

(5) «Die Apokalypse des Zacharias im Evangelium des Lukas» TheolTijdschrift 30 (1896) 224-269.

En Alemania le siguieron Harnack, Schmiedel, Hillmann, Köstlin.

En Inglaterra, Burkiitt con algún otro.

(6) Resp. de 26 de junio de 1912, § 4.º AAS 4 (1912) 463. D. 2158.

(7) El Vercellensis, el Veronensis y el Rhedigerianus.

(8) «De psalmodiae bono» Cfr. G. Morin. RevBenedict 14 (1897) 385-397.

(9) El Claramontanus (s. IX) y el Vosianus (s. XIV) l. IV, c. XII. n. 1. Cfr. Harvey, II, pág. 163, nota 4.

Jerónimo (10), que nos dan la lectura “et ait Elisabeth” (“y dijo Isabel”).

A estos argumentos añadió KÖSTLIN el de la liturgia de los Maitines de la Iglesia griega, en la que se alterna el canto de los versículos del Magnificat con una antifona en que se invita a alabar a Ntra. Señora. De ello concluyó, que si se dirige el Magnificat en alabanza de María, señal es de que no fué compuesto por Ella (11).

Rebasaría los límites de esta visión panorámica de la argumentación en que apoyaban la nueva lectura sus defensores, el que tratásemos de revisar todas las razones de crítica interna que ellos aducen. De ellas nos fijaremos en dos, únicas que pueden tener una cierta apariencia de verosimilitud: la semejanza del Magnificat con el Cántico de Ana, en el Libro I de Samuel, C. 2, vv. 1-10, en segundo lugar, la afirmación que pone como lectura original “y dijo”, a la que unos copistas, para explicarla más, añadirían “Isabel” y otros “María”. Estos últimos lo habían hecho dejándose llevar del gran desarrollo que había ido adquiriendo el culto a la madre de Jesús, con lo que indujeron a error a sus lectores.

El autor del Magnificat

Acerca de este segundo problema, fueron pocos los que, en la controversia a que aludimos, atribuyeron a otro personaje distinto del consignado en el texto evangélico la paternidad misma del Canto.

Para Harnack es un cántico compuesto por Lucas. Para Hillmann, Hilgenfeld, Spitta, es una composición precristiana de origen judío. Vamos a ver enseguida que éste es el tema central de la hipótesis de Winter (12).

(10) MG 13, 1817, 1819.

(11) Realencyclopädie für prot. Theol. u. Kirche 12 (1903) 72-73.

(12) Cuestión diversa es la del lugar y momento en que Nuestra Señora entonase su himno. Para Mgr. Ladeuze (Cfr. RevHistEecl 4 (1903) 623-644) y para Dom. Thierry Maertens (Cfr. «Le Messie est là» Bruges, 1954,

Lo que dice Paul Winter

¿Cómo entronca Paul Winter hoy, en la vieja controversia?

Para él parece cuestión secundaria a quién se atribuya la declamación, por decirlo de alguna manera, del cántico (13).

Más que su atribución literaria a María o a Isabel, le interesa la paternidad real del himno transmitido en San Lucas hasta nosotros.

Y en este punto es donde sienta él la hipótesis central de su trabajo: "El Magnificat y el Benedictus son salmos, cantos macabeos de guerra, insertados en el tercer evangelio a través de una adaptación judío-cristiana del Documento Baptista o Historia de la Natividad de Juan (14).

Antes de examinar la hipótesis de Winter se impone una pequeña explicación.

La denominación *salmos macabeos* comprende una colección de cantos, compuestos durante la lucha por la independencia nacional en tiempo de los personajes bíblicos de ese nombre. Los

pgs. 57-85), María entonó el Magnificat en una reunión primitiva cristiana, en acción de gracias a Dios de las cosas grandes que había hecho en ella. Por nuestra parte no vemos razón ninguna para retrasar la composición del Cántico a una fecha posterior a la de la Visitación en que nos ha sido transmitido. Ya el P. Lagrange se apartó de esta hipótesis para mantenerlo en el punto y hora en que nos lo da el evangelista. Otra cosa es que no le fuese inspirado a Nuestra Señora en el mismo momento de la Visitación. Más bien lo vemos como el fruto de una reposada meditación y de una lectura tranquila y gozosa de los pasajes mesiánicos que le inspiraba a Ella su posición privilegiada. Meditación, acción de gracias y alabanza cristalizaron en el más bello canto de la liturgia mariana.

(13) Según él el Magnificat no se adapta a la idea que lo pone en boca de María. Pero tampoco le convence la atribución a Isabel. No está a tono —dice— su contenido con el momento psicológico que vive la madre reciente de Juan el Bautista. ¿A qué esa visión profética de la obra futura de Jahvé en una mujer gozosa porque salió de su humillante esterilidad? Más aún desentona en labios de María. (Cfr. 1.º o. pg. 8, nota 8).

(14) L. c. pg. 11. El Benedictus al menos en su primera parte Lc 1 68-75.

últimos descubrimientos del Mar Muerto han enriquecido notablemente nuestro conocimiento de toda esta literatura.

El Documento Baptista, o, lo que es lo mismo, la *Historia de la Natividad de Juan*, es uno de tantos escritos apócrifos de la antigüedad cristiana, en que aparecen sin discernir datos auténticos enmarcados en puras creaciones de la imaginación poética hebrea. Son un elemento pintoresco, sin valor alguno canónico, de la literatura del primitivo cristianismo.

El Magnificat rehabilitado

Con relación a las razones aducidas por Loisy, Völter y los que le siguieron en su lectura, que más arriba hemos resumido, existen los siguientes argumentos (15):

1.—Todos los manuscritos griegos, sirios, coptos, y los latinos originarios de Africa, más todos los códices de la vulgata, tienen la lectura "*et ait María*" ("*y dijo María*"). Solamente los tres antes citados muestran la variante "*y dijo Isabel*". No se encuentra ni uno solo más que la registre, ni aun examinando las modernas recopilaciones de KURT ALAND (16), que recogen un total de 4678 documentos, entre papiros, códices unciales, códices minúsculos y leccionarios.

2.—Ninguno de los escritores eclesiásticos anteriores al s. III se hacen eco de la lectura propuesta por Loisy. TACIANO, en su *Diatessaron*, hacia el año 180 nos transmite ya el "*et ait María*". Lo mismo el "*Protoevangelio de Santiago*" (17).

3.—Todos los Padres latinos, S. Am-

(15) Seguimos a Mgr. Ladeuze (o. c.) y al P. DURAND, "*L'origine du Magnificat*" RevBibl (1898) 74ss. en sus documentados y definitivos trabajos, presentados entonces como respuesta a los de Alfred Loisy.

(16) "*Zur Liste der neutestamentliche Handschriften*" ZNW 45 (1954) pgs. 187-217 y los anteriores trabajos sobre el mismo tema.

(17) XII, 2. Es un apócrifo anterior al año 150.

brosio, S. Agustín, etc., contemporáneos de los manuscritos citados en contra, siguen la lectura tradicional que recogió ya TERTULIANO en el *De Anima*.

Si se exceptúa el códice Rhedigeriano del s. VII, la lectura que favorece a Isabel no pasó a ninguno de los manuscritos latinos posteriores.

¿Y en la Iglesia griega?

4.—Se aduce el caso de S. Ireneo. Pero conviene advertir que en la misma versión latina, en el L. III c. XI, n. 2 (18) todos los manuscritos atribuyen el cántico a María. Y en relación con el texto aducido, el mismo LOISY (19) y más tarde Harnack, confesaban que el contexto no le favorece y que más bien la atribución a Isabel se debe tomar como algo propio del traductor de Ireneo o de la tradición posterior.

5.—En cuanto a la Hom. VII "super Lucam" de Orígenes, pierde valor al contrastarla con la Hom. VIII, toda ella consagrada al Magnificat (20), ya que en ésta indubitablemente se atribuye el Canto a Nuestra Señora.

6.—Por fin el argumento de Köstlin, que trae el testimonio de la liturgia griega de los Maitines, cae por sí mismo. Pues no se sigue el que, por ser una composición de la Virgen María, no pueda la liturgia proponérselo para alabar a la misma Señora.

El resultado de esta polémica, como ya hemos dicho, culminó en la respuesta de la Comisión Bíblica. Desde entonces no se ha vuelto a hacer alusión a la nueva lectura.

El Magnificat de María

Refiriéndonos ya al parecer de Winter (21), para quien hemos visto que el

(18) Cfr. Harvey, vol. II, pg. 34. MG 7, 873.

(19) «*Les Evangiles Synoptiques*» I, pg. 302, nota 4.

(20) En otro pasaje de la misma Hom. VII se dice: «super quibus et beata María magnificat Dominum Jesum: Magnificat autem anima Dominum» (MG 13, 1819).

(Para la Hom. VIII, Cfr. MG 13, 1819-1822).

(21) Los argumentos con que Winter

Magnificat, por su contenido, extraño a la situación de ambas mujeres, se despegaba tanto en labios de María como de Isabel, diríamos que es precisamente ese tono elevado, solemne, cargado de afectos proféticos y mesiánicos y juntamente de santa sencillez —no es otro el sentido de la obra futura del Señor en el mundo— el que nos garantiza su carácter mariano.

El himno de María, como muy bien dice PRAT, no es ni una respuesta a Isabel, ni propiamente una oración: es una elevación y un éxtasis.

María, la silenciosa del Evangelio, rompe su silencio y se yergue por un momento imponente y majestuosa, tanto más cuanto más absoluta es su humildad. En ese momento tan psicológico, que sigue a un largo período de meditación y de exultación reprimida. Es lo que corresponde a la función secundaria del carácter de María, tan bien expresada por San Lucas en otras ocasiones: «*conservaba todas estas cosas, rumiándolas en su corazón*» (Lc 2 19; 51). Y ahora, ante la promesa de Isabel que le sale al paso con la aureola de una revelación divina —la revelación de su secreto y de su alegría íntima— se rompe su silencio, se abre un paréntesis en su humilde recogimiento, y se vierte al exterior todo el sentido poético, todo el sentido profético —¿por qué no?— de

apuntala su hipótesis son bien endeble. Se reducen a los siguientes:

1.—Un fragmentario estudio comparativo de algunos textos macabeos con el pasaje de San Lucas, de cuya semejanza deduce la identidad de origen.

2.—El conocimiento que se tenía en el primer siglo cristiano de la literatura hebrea extracanónica. Para probarlo trae unos pasajes de Filón en sus libros «*De Agricultura*» y «*De Vita Contemplativa*».

3.—Las reminiscencias que ve de salmos macabeos en los llamados Cantos del Apocalipsis (15 3-4; 4 11; 11 17-18 etc.).

4.—Las semejanzas que observa entre el Magnificat por una parte y el Cántico de Ana (I Sam. 2 1-10) en sus contextos respectivos.

5.—Por fin la ausencia de alusiones mesiánicas, que, a su juicio, se advierte tanto en el Magnificat como en el Benedictus, con lo que se desfasan del carácter general mesiánico de la narración del Nacimiento del Precursor

María, la más perfecta de las mujeres. María poetisa. María profetisa del Nuevo Testamento. María, lazo de unión, como dice ZORELL, (22) del lirismo poético del Viejo y del Nuevo Testamento.

¿Originalidad o dependencia?

La afirmación central de la hipótesis winteriana, que hace del Magnificat un salmo o canto de guerra macabeo, nos parece una afirmación gratuita.

La simple comparación de los cantos hebreos que propone Winter como prueba de su tesis (I Macabeos 2 9.17; 3 45; IV Esdras 10 21.23; II Bar 10 6.17) muestra la inconsistencia de pretender fundar la dependencia del Magnificat con respecto a ellos sobre semejanzas inexistentes o bien remotas, a no ser la semejanza en el objeto de los Cantos,

Por otra parte la ausencia de cantos de guerra en los documentos descubiertos estos últimos años en el Mar Muerto, y que tanta luz arrojan sobre esta época, no favorece tampoco la hipótesis de Winter. Ausencia que el mismo Winter es el primero en confesar.

El apelativo de *esclava*, que María se asigna en el versículo 48 cuando dice: "*porque se ha fijado en la pequeñez de su esclava*", sin haber precedido personificación de nación alguna concreta que justificase dicho apelativo (23), pugna con el carácter de cántico nacional de guerra, que Winter le atribuye y en el que "la esclava" fuese la nación judía personificada. Y tanta es la fuerza de esta reflexión que él mismo trata de eludirla al hacer entonar el cántico a una mujer concreta, madre anónima de anónimos guerreros macabeos. Conjetura sobre conjetura que, como se ve, no pueden ser el fundamento de una afirmación seria.

Ve Winter en el Magnificat reminiscencias de la poesía hebrea de siglos anteriores. Por supuesto que hay remi-

niscencias. No sólo reminiscencias. Y no son precisamente las principales las que cree atisbar Winter. Podemos decir que el Magnificat —y eso mismo prueba su autenticidad judía y mesiánica— es prácticamente un tejido de pensamientos, ideas y aun frases calcadas de pasajes bíblicos los más variados (24). No sólo macabeos, que son los menos, también de Samuel —como enseguida vamos a ver— de Habacuc, del Salterio, de la Sabiduría, etc. De todos ellos están tomados los pensamientos del Magnificat y el Benedictus. En ellos se beben, podemos decir con Maertens, de modo poético, los temas generales suministrados por la lectura asidua. A este primer fondo de inspiración conviene añadir los cantos y salmos que inspiraron, aun en la letra, las palabras de la Virgen María.

El Cántico de Ana

El influjo del Cántico de Ana en el Magnificat de Ntra. Señora es un hecho. Y bien explicable. Sin que sea un punto a favor para que lo entonase Isabel, estéril como la estéril madre de Samuel.

Y es que, aun dentro de ese mismo ambiente de esterilidad, la Virginitad de María, despojada del resplandor glorioso que para nosotros, los cristianos tiene hoy, para una mentalidad semítica y particularmente hebrea, podía significar entonces los tristes colores de un oprobio, equivalente o semejante a la esterilidad. De este modo queda María situada en un plano semejante al de Ana. Y con ello, en la argumentación misma de los contrarios, encontramos elementos para defender la paternidad mariana del himno de San Lucas.

Colocado el Cántico es este ambiente, María trata de expresar que en presencia de la salvación de Dios que viene, toda técnica y toda política humana son vanas. El Dios que ensalza y que

(22) «Magnificat» VerDom 2 (1922) 194-198.

(23) Como al contrario sucede en el pasaje del Libro I de los Macabeos, c. 2, v. 11, citado por Winter.

(24) Muy abundante en este respecto es el trabajo de Dom Thierry Maertens, antes citado.

Entonces oró Ana diciendo:

Mi corazón exulta en el Señor,
se yergue mi frente con el favor de
[mi Dios.
se abre mi boca contra mis adver-
[sarios.
porque me alegro de tu socorro.

No hay Santo como el Señor,
ninguno fuera de ti,
no hay roca cual nuestro Dios.

Na habléis con tanta altanería,
no salgan insolencias de vuestra boca,
porque Dios, que lo sabe todo, es el
[Señor,
un Dios que pesa las acciones.

El arco de los robustos se ha roto
y los vacilantes se ciñen de energía;
los en otro tiempo hartos, alquilan
[su trabajo por un mendrugo
y los hambrientos terminaron de ca-
[recer;

la estéril parió siete hijos
y la que era fecunda se ha marchitado.

Dios da la muerte y da la vida,
conduce a la tumba y saca de ella;
Dios hace pobre y hace rico,
abaja y también ensalza:

Levanta del polvo al miserable
y de la basura saca al mendigo
para hacerle sentar con los nobles
y asignarle un puesto de honor;
porque al Señor pertenecen los atri-
[bulados de la tierra
y El asienta sobre ellos el mundo.

El eleva los pasos de sus devotos
y los malvados desaparecen en el si-
[lencio y en las tinieblas;
porque no vence al hombre con la
[fuerza;

pero Dios aterra a los que contienden
[con El.

Desde el cielo tronará el Altísimo,
el Señor juzgará cada confín de la
[tierra;

dará potencia a su rey
y exaltará la corona de su Ungido.

(Trad. de A. Vaccari, S. I.)
«La Sacra Biblia»

abaja, que da la fuerza o la debilidad —imágenes bien hebreas para expresar el poder absoluto de Dios por oposición de cosas contrarias— ha escogido la debilidad de una jovencita para introducir en el mundo la luz salvadora y restaurar el reino de David.

Este es el carácter mesiánico del maravilloso poema. Ese carácter mesiánico que Winter no ha logrado ver en él.

Termina Winter su elucubración dando la razón para él definitiva de la mentalidad y el espíritu que nos transmitió el himno mariano en el texto de San Lucas: “un acto de suprema justicia es el que la tradición cristiana —no el autor del tercer Evangelio— haya atribuido su himno a aquella que simboliza toda maternidad, María, la Madre de Jesús” (25). Bella idea. Pero insuficiente.

¿Por qué Winter, que reconoce la índole crítica y el carácter de historiador concienzudo de S. Lucas no realiza con él ese acto, también de suprema justicia, de creerle? ¿Por qué no admitir los hechos tal como el historiador los transmite, en vez de construir teorías y conjeturar hipótesis faltas de solidez?

Pero volviendo a su idea, muy bella, y que honra a quien la emite, es verdad que María, la Madre de Jesús, es símbolo y sublimación de toda maternidad. Y es justicia también, el atribuirle a Ella, no en razón del simbolismo, sino en razón de autenticidad y de verdad, algo que es suyo. El darle lo que le pertenece.

Y el Magnificat le pertenece a la Virgen.

Nadie se lo podrá quitar.

(25) 1. c. pg. 17.